

# La protesta en los años sesenta

Álvaro Tirado Mejía

En 1968, hace cincuenta años, parecía que el mundo entero estaba en vísperas de una revuelta y de transformaciones fundamentales. En efecto, entre otros importantes sucesos, en el cuarto mes del año, el mundo se había conmocionado con el asesinato de Martin Luther King y con las revueltas subsiguientes en los guetos negros y en las universidades norteamericanas. Luego vinieron el avasallador movimiento contra la Guerra de Vietnam, el asesinato de Robert Kennedy, candidato a la presidencia, los disturbios durante la convención del Partido Demócrata en Chicago y la renuncia del presidente Johnson a presentarse a la reelección; el mayo francés con el Barrio Latino saturado de barricadas y diez millones de trabajadores en huelga, que convirtieron ese acontecimiento en el más grande movimiento obrero en la historia de Francia; protestas y tumultos en las Universidades de Europa —Berlín y el resto de Alemania, Bolonia y las universidades de Italia, las universidades inglesas, Praga, Varsovia, España—, también en Japón y en Latinoamérica; en Colombia, en las universidades públicas y en muchas de la privadas. En China se venía desarrollando la llamada Revolución Cultural durante la cual millones de jóvenes, blandiendo el Libro Rojo, que para ellos condensaba el saber universal en boca de Mao, cometían sus tropelías en nombre de la lucha contra la burocracia. En Checoslovaquia se produjo la invasión de las tropas soviéticas y de las del Pacto de Varsovia. Este atropello puso fin a un experimento democrático, contribuyó notoriamente al desmoronamiento del sistema soviético y se convirtió en preludio de la Perestroika y de la caída del Muro de Berlín. Para cerrar con broche de muerte, en el mes de octubre de 1968 se produjo la matanza de Tlatelolco cuando tropas y matones oficiales

masacraron a cientos de manifestantes, mayoritariamente estudiantes.

Al terminarse la Segunda Guerra Mundial, los aliados contra el fascismo se dividieron en dos bloques que representaban diferentes sistemas, dando lugar al Mundo Bipolar y a la llamada Guerra Fría. De una parte, el mundo socialista comandado por la Unión Soviética y, de otra, el bloque occidental, capitalista o libre. Esta circunstancia marcó la vida política y en gran parte el sentido de los movimientos de protesta. Surgieron movimientos coetáneos, comunicados, pero autónomos, pues reflejaban las particularidades de cada país. Se trataba fundamentalmente de una protesta juvenil y, por ello, las principales manifestaciones se dieron en las universidades. Los jóvenes que abarrotaban las universidades en Estados Unidos, Europa y Japón eran el producto de la proliferación de matrimonios y uniones al finalizar la Segunda Guerra Mundial. En China, se trataba de la primera generación que se criaba en los moldes del socialismo. En cuanto a América Latina, era el producto del subdesarrollo que se manifestaba en los altos índices de natalidad y de la migración acelerada del campo a la ciudad. Por otra parte, era una generación afortunada. A diferencia de la de sus padres, no vivió las guerras mundiales, se levantó en una época de crecimiento económico y no conoció el desempleo producido por la crisis de los años treinta. Fue una generación proclive al hedonismo, que derivó su protesta contra los valores de sus padres en medio de la brecha cultural propiciada por el inmenso cambio científico y tecnológico, especialmente en el campo de las comunicaciones, de la salud y de la conquista del espacio.



**BRISONS  
LES VIEUX ENGRENAGES**

En Occidente, los jóvenes protestaban contra la sociedad de consumo. En los Estados Unidos, adicionalmente lo hacían contra la discriminación racial que se practicaba en su país, circunstancia que dio lugar al multitudinario Movimiento por los Derechos Civiles fortificado con la masiva presencia de quienes protestaban contra la Guerra de Vietnam. Su núcleo central fue la población negra y se amplió con blancos que se sumaron al movimiento, estudiantes, cuáqueros e iglesias protestantes y católicas, chicanos que eran trabajadores mexicanos especialmente en California, feministas, gays, *hippies*, y minorías o alternativos que al mismo tiempo que adherían a este movimiento sostenían sus propias reivindicaciones.

En los Estados Unidos fue donde más claramente coincidieron los dos tipos de protestas que caracterizaron el período: la protesta política, aglutinada alrededor del movimiento por los derechos civiles, y la protesta contracultural. La primera tuvo su figura emblemática en el pastor protestante Martin Luther King, con su acción pacífica y de masas, que en un momento llegó a congregarse en una sola manifestación, en Washington, a un millón de personas, ante las cuales pronunció su célebre discurso: “Yo tengo un sueño”. Sin embargo, el movimiento se fue radicalizando, surgieron dirigentes y organizaciones que llamaban a la violencia e incluso a la lucha armada y se destacaron figuras como el campeón mundial de boxeo Cassius Clay, quien se convirtió al Islamismo, tomó el nombre de Mohamed Alí, y fue encarcelado por no acudir al servicio militar para ir a la guerra. Suyas fueron estas palabras: “No voy porque Vietnam es una guerra en la que los blancos mandan a los negros a matar amarillos; además, ningún vietcong me ha dicho negro”. Como resultado del movimiento, el término *negro* fue proscrito y en su lugar se acudió al vocablo *afro* para designar a las personas de esa raza.

Al mismo tiempo, se produjo entre los jóvenes un intenso y vistoso movimiento contracultural, dentro del cual debe mencionarse en primer término a los *hippies*. En 1965, miles de jóvenes se ubicaron en el barrio Haight-Ashbury, en San Francisco. Por su aspecto podían ser identificados fácilmente: se dejaban crecer el pelo y la barba, utilizaban collares, se calzaban con sandalias, vivían en comunas, proclamaban la droga y el amor libre como fuentes liberadoras, pregonaban el regreso a la naturaleza, buscaban experiencias místicas, tocaban flautas, etc. Eran los *hippies*, cuyo movimiento fue copiado, aunque con menos intensidad, alrededor del mundo. De California, los *hippies* se expandieron a Nueva York y luego se desparramaron por el país. Se calcula que en 1967 había 200.000 *hippies* en Estados Unidos. Otro elemento distintivo fue la música rock que se esparció por el mundo con grupos como los Beatles o los Rolling Stones y figuras como Elvis Presley y Bob Dylan, y fue escuchada y vivida en el ámbito personal o en festivales como el de Woodstock, al que acudieron un millón de personas. En 1967, los discos de rock representaron las dos terceras partes de los discos vendidos en los Estados Unidos.

En Europa, la protesta fue fundamentalmente política: contra el imperialismo y la intervención en Vietnam, contra la OTAN, contra el régimen universitario, contra el colonialismo con la subsecuente idealización del Tercer Mundo, como bien quedaba expuesto en las pancartas y camisetas de los manifestantes con la imagen del Che Guevara y de Ho Chi Min. Además, se incluían cambios sociales y la ampliación de los derechos en asuntos como la sexualidad, la homosexualidad, el uso de anticonceptivos, el aborto, las mujeres y el feminismo, la ecología, etc., aspectos compartidos por el movimiento de protesta en Estados Unidos. En el marco de una ciudad tan fotogénica como París, en los debates en la Universidad Libre de Berlín y en la mayoría de universidades europeas y lati-

noamericanas, las querellas estuvieron marcadas por las diferentes interpretaciones y líneas políticas derivadas del marxismo y por los nuevos profetas como Marcuse, Sartre o Althusser.

En los países sometidos al sistema soviético, así como en los regidos por dictaduras, la protesta era fundamentalmente política. Así, los checos luchaban contra el socialismo dogmático y autoritario y a favor de un “socialismo con rostro humano”. A su vez, dentro del mundo capitalista, bien fuera en España o Grecia, así como en la mayoría de países de América Latina, regidos por dictaduras, las protestas estaban dirigidas contra estas y por el establecimiento de libertades políticas, paradójicamente menospreciadas por muchos de los que protestaban en el mundo desarrollado, por considerarlas simplemente formales o burguesas.

A lo largo de los años sesenta y siguientes, como había sido frecuente en otras épocas, América Latina se pobló de dictaduras. Solo cinco países conservaron un régimen democrático: México, Costa Rica, Venezuela, Colombia y Chile. Esto determinó en gran parte el tipo y magnitud de las protestas que fueron fundamentalmente políticas. Las dictaduras prohibían y reprimían el cabello largo y la barba, las comunas, el consumo de droga, el feminismo, los gays, e incluso el rock y los festivales musicales, elementos característicos de la protesta anticultural en otras partes. Las huelgas y las manifestaciones públicas en las universidades, en general, estaban proscritas. En cuanto a los países con gobiernos civiles, la protesta se centró fundamentalmente en el aspecto político. En Chile, la sociedad estaba totalmente polarizada entre izquierda y derecha. Se vivía el gobierno democratacristiano de Frei y la izquierda se preparaba para gobernar con Allende. En México, el gobierno del PRI encubría *la dictadura perfecta* que se manifestó, entre otras formas, con la matanza de manifestantes en la Plaza de Tlatelolco el 2 de octubre de 1968. En Venezuela, que nadaba en los al-

tos precios del petróleo, las preocupaciones se centraban en la consolidación del régimen civil por medio de un pacto político semejante al colombiano, que se basaba en el bipartidismo.

En Latinoamérica, el conflicto entre Estados Unidos y Cuba dejó como secuela, por una parte, la proliferación de dictaduras para atajar la revolución y, de otra, las guerrillas contra el sistema, que aparecieron en casi todos los países. En este último aspecto, Colombia fue campeón. Surgieron cuatro –FARC, ELN, EPL, M-19–, y algunas otras de menor dimensión. En nuestro país, donde se desarrolló un importante movimiento universitario, también la protesta fue eminentemente política. En comparación con lo sucedido en los años cincuenta, el espacio democrático se amplió y hubo mayor apertura en aspectos políticos y culturales como la participación de la mujer en la universidad, el alcance de un país más laico y menos clerical, el control natal, los movimientos feministas, los derechos de los gays y la presencia de las minorías raciales, en medio de la agitación universitaria y la protesta. En cuanto a manifestaciones pintorescas como el *hippismo*, acá y en el Tercer Mundo apenas fueron un débil producto de imitación. Si en Estados Unidos se dio el Festival de Woodstock, en Medellín se promovió el lánguido Festival de Ancón. Si el *hippismo* era una expresión consumada de la protesta contra la sociedad de consumo, en sociedades pobres y subdesarrolladas no había sustento para tal manifestación, pues, al fin y al cabo, nada hay más deprimente que un *hippie* pobre.

Álvaro Tirado Mejía. Abogado de la Universidad de Antioquia. Profesor Emérito de la Universidad Nacional. Ex presidente de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. Autor del libro, *Los años sesenta: una revolución en la cultura*, escribió este artículo para la *Agenda Cultural Alma Máter*.